



COMUNICACIONES

**UNA LECTURA SOBRE EL TRABAJO INFANTIL
COMO OBJETO DE ESTUDIO.
A PROPÓSITO DEL APORTE DE VIVIANA ZELIZER**

VALERIA LLOBET*

Introducción

En América Latina el trabajo infantil ha ganado lugar en la agenda académica y en la preocupación de las agencias de gobierno y las organizaciones sociales en los últimos 25 años. El "niño trabajador" es una de las figuras que articulan las preocupaciones sobre la infancia en la región, por cierto no la única, en una geografía rica en estudios sobre infancia. Se han desarrollado políticas sociales centrales que descansan sobre la idea de la prevención del trabajo infantil (las transferencias condicionadas de ingreso, sin ir más lejos) y la mayoría de los países latinoamericanos cuentan con oficinas que procuran su erradicación. Slogans que coronan los esfuerzos políticos proponen que, por ejemplo, el trabajo infantil vulnera, en todos los casos, la salud de los niños.

Por supuesto, a la hora de establecer cuándo una situación de trabajo se corresponde con explotación, cuándo deben sus responsables ser reprimidos y cuándo es preferible la pérdida de ese ingreso para el hogar a la continuidad de la tarea, emergen múltiples complicaciones que exceden notablemente tanto a las posturas de abolición total que predominan en los discursos oficiales como a las de relativismo cultural desde el cual en ocasiones se aborda superficialmente el tema. Desde el punto de vista académico, en Argentina en particular pero en América Latina en general, el trabajo infantil suele ser abordado desde los campos disciplinares de la antropología, la sociología y la salud pública, considerando sus relaciones con la pobreza –particularmente rural–, las determinaciones culturales en especial asociadas a los pueblos originarios y/o los contextos denominados "tradicionales", los efectos del trabajo temprano en el desarrollo infantil (Berliner *et al*, 2009; Rausky, 2009). Como en mucha de la investigación latinoamericana sobre infancia, el concepto "trabajo infantil" se recorta al trasluz de los derechos de niños y niñas y se asienta en las discusiones sobre políticas sociales y desigualdad.

Un largo camino se ha transitado en la región abonando la riqueza de tal campo de estudios sobre infancia. Mucho se ha discurrido en América Latina sobre la

* CONICET / UNSAM. Cochabamba 1509, 1148, CABA valeria.s.llobet@gmail.com 54 11 4305 4726.

interconexión dificultosa entre las representaciones sobre un tema y las prácticas sociales e institucionales. Muchos de estos análisis –la mayoría, a decir verdad– optan por un foco microsocia, y derivan de una escisión entre las interacciones microsociales y los contextos macrosociales en los que las primeras ocurren. De este modo, dos conjuntos de asuntos imbricados entre sí y centrales al campo de estudio se problematizan de manera aún incipiente: por un lado, el peso de las relaciones sociales en la producción de heterogeneidades en la(s) infancia(s); y, por el otro, el carácter institucional e institucionalizado –no meramente de agregación de individuos– de discursos y representaciones sobre la infancia. Es por ello que resulta aún más llamativa la ausencia en los debates actuales de una voz fundamental como la de Viviana Zelizer¹ para reconsiderar tanto el trabajo infantil como los propios procesos por los que la infancia como institución social es valorizada y adquiere significados legitimados. Zelizer ha sido capaz de mostrar cómo, en distintos escenarios, se da la negociación permanente entre aquello que se construye como perteneciente al orden de la intimidad y lo que será pasible de ser valorizado en intercambios, de una u otra manera, “económicos”, generadores de alguna forma de valor o capital. Como señaló la misma Zelizer, es necesario “*ingresar decididamente en el mundo de los hogares rompiendo la ficción victoriana que mantiene la separación sagrada de la vida privada, preservándola del mundo social y las relaciones económicas*” (Zelizer, 1994, xiii) y problematizar en perspectiva histórica e institucional las maneras en que los sujetos construyen una dimensión central al establecimiento de las relaciones sociales y sus límites, como es la intimidad y lo privado. La traducción de este capítulo en el que revisa su obra *Pricing the Priceless Child* pretende ser un aporte en esa dirección.

¹ Han sido traducidas al castellano *La negociación de la intimidad* y *El significado social del dinero*, ambas por Fondo de Cultura Económica.

REFERENCIAS

- BERLINER, Carolina, FORD, Myriam, GRIMA, José, MACRI, María Raquel, MIORIN, Silvia, UHART, Claudia y ZUCHERINO, Laura (2009): “Infancia y Trabajo Infantil: Un estado del arte de la investigación en Argentina 2004-2009”, ponencia presentada en *XXVII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología ALAS*, Buenos Aires, (agosto-septiembre).
- RAUSKY, María Eugenia: “Perspectivas sobre el trabajo infantil en la Argentina: un análisis de las investigaciones desarrolladas en el campo de las ciencias sociales”. *Revista de Estudios Regionales*, Red Simel, Buenos Aires, 2009.
- ZELIZER, Viviana (2002): “Kids and Commerce”, *Childhood*9(4) 375-96.
- ZELIZER, Viviana (1994 [1985]) *Pricing the Priceless Child. The changing Social Value of Children*. Princeton Univ. Press, Princeton.

El “niño invaluable” revisitado*

El novelista estadounidense Frederic Tuten recordó así escenas de su infancia neoyorquina durante la Segunda Guerra:

Ella era una mujer flaca sin mucha fantasía –en su vestimenta, quiero decir–. Negra de la cabeza a los pies, al estilo siciliano. Era realmente una siciliana, y era mi abuela. Hablaba poco y, para mi humillación (yo quería ser como los otros chicos norteamericanos en el Bronx), lo hacía en siciliano. Y para peor estábamos en el tramo final de la guerra con Italia. De modo que en la calle y en otros espacios públicos yo le contestaba en inglés, para diferenciarme de ella. No es que mi siciliano fuera bueno. Pero a los 8 o 9 años me las arreglaba para contarle lo que ella quería conocer acerca de mi mundo en la escuela y para acompañarla a la carnicería, al almacén, pidiendo lo que necesitaba y controlando la balanza cuando ella creía que estaba marcando demasiado... Y, lo más importante, le servía de traductor de las noticias de la radio y las películas estadounidenses.

Tuten también recuerda que le leía a su abuela, Francesca LePare Scelfo, “no de la manera convencional, traduciendo palabra por palabra de mis libros infantiles”, sino “contándole, según mi edición e invención, las historias que leía” (Tuten, 2002). Medio siglo atrás, un muchacho del Bronx colaboraba así, mediante una crucial forma de trabajo, con su familia de origen siciliano.

Avancemos ahora media centuria hacia el presente. En Tucumán, Argentina, el año pasado (2002), Manuel Cruz, de 12 años, se involucraba en un tipo diferente de trabajo para su familia. En medio de la crisis económica argentina, trabajaba como cartonero. Al regresar de la escuela, Manuel salía con Ana, su madre, y María, su abuela. Penosamente se esforzaban para recoger materiales, trabajando desde las 7 de la tarde hasta las 2 de la mañana, cinco días a la semana. Durante los fines de semana, Manuel ganaba dinero extra cuidando autos y ayudando en el Lawn Tennis Club de Tucumán.

Al mismo tiempo, Manuel lograba uno de los mejores desempeños en su escuela, era reconocido como mejor alumno, había además ganado el segundo puesto en las Olimpiadas Matemáticas Provinciales. Entrevistado por la revista *Gente*, este “pequeño héroe”, como lo calificó el periodista, explicaba por qué no le había contado a sus compañeros acerca de su trabajo: “Yo tenía vergüenza, pero hoy estoy orgulloso. Es un trabajo honesto que me permite alimentar a mi familia. Aunque, a decir verdad, no me gusta mucho lo que hago. Lo que todos tienen que entender es que la única manera para salir de la pobreza es estudiar. Por eso no voy a parar hasta ser arquitecto” (Quiroga, 2002).

Manuel ayudaba a cuidar a sus cinco hermanos menores –María, Marcos, David, Pamela y Rodrigo– mientras el desempleo, la pobreza y el hambre crecían y se extendían.

El Bronx, Nueva York, en 1943, y Tucumán, Argentina, en 2002: en ambos lugares, niños trabajando duro. Pero lo que ellos hacían, para quién, en compañía de quién y

* Publicado en: Jens Qvortrup, editor. *Studies in Modern Childhood: Society, Agency and Culture*. London, Palgrave, 2005, pp. 184-200.

con qué compensaciones, variaba decisivamente no sólo según lugares y tiempos, sino también de una familia a otra. Frederick Tuten le brindó a su abuela un tipo de cuidado particular en su hogar, el lingüístico, al prestarse como su intermediario con el mundo angloparlante. Manuel Cruz dividió su extraordinaria energía entre la escuela, el "cartoneo" y los trabajos de fin de semana para el beneficio presente de su numerosa familia y el beneficio futuro de su propia carrera.

Las visiones ampliamente sostenidas acerca de la infancia establecen una importante diferencia moral entre ambas experiencias. El traducir para su abuela es visto por los observadores como una actividad recomendable y apropiada para un niño, en tanto el trabajo nocturno de cartonero es considerado una cruel explotación. En efecto, el joven cartonero enfrentaba riesgos: los cartoneros mayores solían atacar a Manuel y robarle su mercancía, al tiempo que las autoridades estatales perseguían a su madre por dejarlo trabajar. La tajante diferenciación moral es sorprendente. Después de todo, ambos niños están igualmente involucrados en actividades virtuosas: ayudan a sus familias y al mismo tiempo asisten a la escuela. De hecho, los esfuerzos llevados a cabo por Manuel Cruz eclipsan los de Frederic Tuten. No obstante, las dos experiencias se ven crudamente diferentes.

No podemos explicar esta divergencia en la evaluación si sólo miramos lo que cada niño particular –en este caso, Frederic o Manuel– está haciendo. ¿Por qué no? Porque el significado y las consecuencias del trabajo infantil dependen del contexto social en el que ocurre. Para entender qué está sucediendo, para explicar diferencias desconcertantes, necesitamos mirar de cerca la red de relaciones sociales en que esos esfuerzos infantiles tienen lugar.

¿Por qué ello es tan difícil de hacer? ¿Qué dificulta la comprensión de los procesos sociales en curso en estos dos casos? El análisis del trabajo de los niños enfrenta dos obstáculos significativos, ambos del orden de concepciones generales erróneas respecto de las intersecciones entre los mundos de la moralidad y el de la actividad económica. Podríamos llamar a estas dos concepciones erróneas: "mundos hostiles" y "trabajo mercantilizado".

La extendida y potente idea de mundos hostiles imagina la existencia social distribuida en dos esferas diferentes: una, de la racionalidad y el interés personal, y la otra, de los sentimientos y la solidaridad. El argumento es que si se mezclan, resultan dos formas de corrupción. La entrada de los sentimientos y la solidaridad en la arena racional causa ineficiencia y amiguismo, en tanto que la entrada del interés propio en la arena sentimental debilita la solidaridad, la empatía y el respeto mutuo. En su visión de lo infantil, muchos observadores temen que la exposición de los tiernos jóvenes a la lógica del mercado destruye la infancia virtuosa, al tiempo que introduce actores económicos poco fiables –los mismos niños– en el mundo de los negocios serios. Según esta lógica, erigir un límite firme entre la infancia y la adultez establece una defensa contra la corrupción en ambas direcciones.

Pero la doctrina de los "mundos hostiles" falla en explicar qué sucede en realidad en el curso de la actividad económica. De hecho, estudios minuciosos de la vida social cotidiana coinciden en contradecir la idea de que la mezcla de las transacciones económicas con las relaciones personales necesariamente produzcan corrupción en una u otra dirección (Zelizer, 2002a).

La doctrina del “trabajo mercantilizado”, por su parte, sostiene que sólo el trabajo que recibe compensación monetaria califica como genuino. Las tareas domésticas, el trueque, el voluntariado, los servicios *ad honorem*, los cuidados no pagos, las empresas familiares y la mayoría de los esfuerzos de los niños, caen en la zona del no-trabajo. Aun cuando esa doctrina resulta improbable para los expertos en infancia, afecta a un amplio rango de pensamiento y práctica. Nótese, por ejemplo, que la estimación del ingreso nacional generalmente deja de lado estas tareas; asimismo, los tribunales occidentales cuando evalúan los daños por muerte violenta o accidentes valoran mucho menos las contribuciones sin remuneración de las mujeres que los esfuerzos asalariados similares. Desde este punto de vista, la recolección nocturna del cartonero Manuel Cruz podría calificarse como trabajo, pero no lo sería su estelar rendimiento escolar, así como tampoco sería considerado trabajo la traducción de Frederic Tuten para su abuela siciliana.

Como la noción de los mundos hostiles, esta idea oscurece más de lo que aclara. Adoptaremos aquí un concepto más amplio y analíticamente más útil: trabajo es un esfuerzo que produce valor de uso transferible (Tilly y Tilly, 1998). La definición sacrifica la nitidez del valor de mercado como la medida para todo trabajo, pero gana instantáneamente al identificar esfuerzos similares que difieren mayormente según los contextos sociales en los que ocurren. Así, inmediatamente reconocemos similitudes y diferencias entre el servicio doméstico y las labores hogareñas, la enfermería profesional y el cuidado de la salud en el ámbito familiar, el trabajo administrativo pago y el estudio de teneduría de libros.

Para aportar claridad, debemos introducir una distinción amplia entre dos tipos de trabajo: por un lado, el esfuerzo que inmediatamente produce bienes y servicios transferibles; y por el otro, los esfuerzos que suman al capital existente, y contribuyen así a la futura producción de bienes y servicios. Asimismo, sobre la base de la distinción de Pierre Bourdieu (1990) de los diferentes tipos de capital, es posible afirmar que los niños juegan un papel importante en la producción inmediata de bienes y servicios, y en la acumulación de capital físico, financiero, humano, social y cultural.

A este hallazgo, el presente artículo suma la observación de que el significado, organización, contribución y compensación del trabajo infantil varía sistemática y decisivamente de un contexto social a otro. Trataremos de identificar los principios de tal variación. Esta es la secuencia general de la argumentación:

- El trabajo infantil se divide entre la producción inmediata de valor de uso transferible y la producción de capital material, financiero, humano, social y cultural. Por ejemplo, si bien los niños por lo general trabajan en los emprendimientos económicos familiares, al hacerlo adquieren habilidades y conexiones sociales que les servirán en su propia actividad.
- Algo de la producción de capital permanece con el niño para una transferencia posterior, pero una parte incrementa de inmediato el capital de relaciones sociales y grupos en los cuales el niño participa, notablemente los de su familia y hogar. Por ejemplo, un rendimiento escolar excelente mejora no sólo el futuro del propio niño, sino también la posición social de su familia.
- Las formas de trabajo permitidas y prohibidas varían considerablemente con las relaciones sociales a las que están vinculadas. Por ejemplo, muchos padres

solicitan a sus hijos que siembren el jardín familiar, pero cualquier docente que solicitara a sus estudiantes plantar semillas en el jardín de su casa se arriesgaría a perder su trabajo.

- Más precisamente, en cada relación social los participantes, e incluso terceros, promueven la adecuación correspondiente entre significados, medios monetarios y transacciones económicas, incluyendo aquellas transacciones que llamamos trabajo o producción. Por ejemplo, en un amplio rango de hogares occidentales, los padres pueden, razonablemente, adecuar las mensualidades de sus hijos a su trabajo hogareño, pero no les sería posible contratar a otros niños para hacer el mismo trabajo por la misma compensación económica.

Los participantes también marcan los límites entre diferentes relaciones sociales con etiquetas, representaciones simbólicas y mandatos morales. Por ejemplo, en casi todos los hogares se realiza una distinción tajante entre los derechos y las obligaciones de los niños que pertenecen al hogar y los niños considerados visitantes temporarios.

- Dentro de esos límites, no obstante, los niños y otras personas involucradas en su trabajo constantemente negocian el ajuste entre significados, medios y transacciones. Por ejemplo, en todo el mundo los niños negocian con sus padres qué ropa, juguetes o formas de entretenimiento pueden o no comprar.

En aras de la brevedad, el artículo no tratará cada uno de esos aspectos separadamente, sino que ilustrará los argumentos centrales apoyándose en dos contextos principales, el trabajo de cuidado en el hogar y los negocios de inmigrantes. Ambos contextos revelan una notable variedad de trabajo de niños, e ilustran sus contribuciones cruciales al mantenimiento de los emprendimientos desarrollados por los adultos.

El cuidado como trabajo

¿El cuidado personal –la atención sostenida que incrementa el bienestar individual– califica como trabajo? En años recientes, la crítica feminista, al enfocar exclusivamente el trabajo invisible de cuidar realizado por las mujeres –que incluye las tareas domésticas, el cuidado de los niños, los enfermos y los ancianos– ha insistido en que sí. En muchos casos, sus argumentos han llegado a cambiar la legislación, estableciendo que en los casos de pérdida de atención personalizada, dicha pérdida merece una compensación obligatoria. El reconocimiento del trabajo de cuidado por parte de los niños, no obstante, es algo aún más desafiante que reconocer los esfuerzos de las madres. Después de todo, se supone que los niños no deben ser cuidadores sino receptores de cuidados.

No obstante, y tal como numerosos investigadores nos han mostrado recientemente, los niños se involucran en múltiples trabajos de cuidado, que van desde cuidar a sus hermanos hasta atender a un abuelo enfermo. Los tipos de trabajo de cuidar en los que los niños se comprometen, varían drásticamente con las relaciones sociales; por ejemplo, los niños proveen muy diferentes servicios de cuidado a sus vecinos y parientes. Los distintos tipos de cuidado varían también en su legitimidad moral. Como los adultos, los niños trazan estrictos límites entre lo

que definen como relaciones apropiadas o inapropiadas para el trabajo de cuidar. Por ejemplo, un niño que usualmente cocina para su abuelo con salud frágil, o lo lleva al baño, no hará de ordinario lo mismo por un vecino. Ambos, adultos y niños, suelen marcar estos límites con invocaciones a la idea de "mundos hostiles", notando los peligros de proveer servicios íntimos a personas erradas. Niños y adultos también distinguen el trabajo asociado al cuidado de otros tipos de trabajo, como las tareas domésticas o el trabajo pago. Más aún, el trabajo infantil pago, como cuidar niños de otras familias, difiere práctica y simbólicamente de la ayuda no remunerada en la propia casa.

El trabajo de cuidar realizado por niños tiene importancia. Abarca actividades tan cruciales como asegurarse de que un miembro de la familia enfermo reciba su medicamento, de modo que a veces implica la colaboración de los niños con trabajadores de la salud y trabajadores sociales. Mediante su trabajo, los niños no sólo producen bienes y servicios directamente, sino también capital acumulado; por ejemplo, el capital humano ganado por el aprendizaje de tratamientos de salud y el capital social ganado por las vinculaciones con trabajadores de la salud. Adicionalmente, la acumulación de capital individual de los niños comúnmente aumenta la acumulación de capital disponible para el hogar en su conjunto. Al conectar a los hogares con importantes instituciones externas, la mediación de los niños a veces afecta notablemente la posición social de la familia. Las familias inmigrantes, por ejemplo, usualmente dependen de sus niños nacidos en el nuevo país para establecer un amplio rango de conexiones entre los adultos del hogar y el entorno donde se es extranjero. Contra lo que el sentido común parece indicar, ello significa que un hogar sin niños, en ciertas circunstancias, puede acumular menos capital que el que sí los tiene.

El trabajo de cuidar por parte de los niños puede tomar una amplia variedad de formas, correspondiente cada una de ellas a un haz específico de relaciones sociales. En su trabajo etnográfico sobre el horario de salida en una escuela media de un área étnicamente diversa y mixta según su nivel de ingresos de Oakdale, California, Barrie Thorne (2001) reportó:

La escena de la salida de la escuela permite ver a los niños construyendo y negociando activamente la vida cotidiana, incluyendo la división de tareas en el hogar pero también más allá de él. Los niños son responsables de sus hermanos menores y de llevarlos de regreso a casa, se organizan en grupos para las actividades posteriores a las clases, llaman telefónicamente a los adultos cuando éstos están demorados, llevan mensajes entre la escuela y la casa. Más aún, los niños a veces ayudan en los lugares de trabajo de los adultos, por ejemplo, organizando la ropa de tintorería en la tienda de un tío, o ayudando a la madre a limpiar las mesas en un restaurante. Y también colaboran en las tareas domésticas (Thorne, 2001: 364).

En "Ask the Children", la encuesta nacional de Ellen Galinsky sobre una muestra representativa que incluyó más de 1.000 niños de Estados Unidos desde el 3er. grado hasta el 12º, se ofrecen algunas revelaciones sobre la variedad de trabajo de cuidado infantil. La encuesta, complementada con entrevistas, halló niños que decían que ellos "cuidaban" a sus padres mediante estrategias para reducir el estrés y la fatiga de los mismos. Una niña de 12 años indicó que usaba el humor para ayudar a su mamá:

Yo trato y la hago sentir mejor. Mi amiga puede hacer reír a la gente muy fácil. Así que yo le digo: 'Chris, mi mamá se siente un poco mal, ¿quieres venir y levantarle el ánimo?', y a lo sumo en cinco minutos mi mamá se está matando de risa (Galinsky, 1999: 240).

Algunos de los niños se quejaban respecto de sus obligaciones de cuidado, sintiendo, según Galinsky, que "sus padres se habían transformado en sus hijos y que ellos los estaban criando" (Galinsky, 1999: 240).

Desde otra perspectiva, Galinsky muestra que los niños respondían a los trabajos de los padres de maneras interesantes e inesperadas. Mientras la mayoría de los expertos y los padres se preocupan porque éstos no pasan suficiente tiempo con sus hijos, los niños no se inquietan demasiado respecto del déficit temporal. Ellos se preocupan mucho por sus padres, pero sobre todo por la calidad de los intercambios cuando los padres están bajo fuerte presión y estresados. En verdad, señala Galinsky, los niños muchas veces juegan al detective, juntando pistas del humor de los padres. Una niña contó que "llamaba a sus padres al trabajo para descubrir cómo se sentían, y así saber si tenía que limpiar la casa antes de que ellos llegaran" (Galinsky, 1999: xvii). La amplitud, variedad, intensidad y valor del trabajo de cuidado infantil claramente no ha recibido la atención que merece.

Precisamente con este déficit en mente, los británicos han acuñado el término "jóvenes cuidadores" para designar a los niños que hacen contribuciones cruciales al bienestar de otras personas. Los niños cuidadores asisten a los miembros de su familia enfermos o discapacitados, sobre todo a sus padres, pero también a hermanos o abuelos. En el Acta Británica de Reconocimiento y Servicio de Cuidadores de 1995 se reconoce este tipo de trabajo infantil, mediante la inclusión de los niños menores de 18 años en la categoría de cuidadores informales privados con derecho a servicios sociales. No obstante, Richard Olsen (2000) señala que las definiciones actuales de cuidado infantil perpetúan dudosas distinciones entre formas calificadas y no calificadas de trabajo infantil asociado al cuidado. Si bien destacan el cuidado en algunas relaciones, lo excluyen de otras. Por ejemplo, expresa Olsen:

Vemos que a los jóvenes cuidadores se los define no sólo por el tipo y cantidad de las tareas que realizan, sino también por el hecho de que su actividad se orienta hacia el cuidado de una persona discapacitada dependiente. El hijo mayor de una familia numerosa es excluido de la definición de joven cuidador, mientras que se incluye al hermano de un niño discapacitado, que realiza las mismas tareas (cambio de pañales, estar atento a él o ella, y otras similares). Del mismo modo, típicamente se incluye en la definición de joven cuidador al niño cuyo padre o madre es discapacitado y se ve obligado a realizar por sí mismo la mayor parte de las tareas domésticas (cocinar, limpiar, etc.), en tanto que un niño responsable de una significativa cantidad de labores domésticas en una familia denominada "normal", no lo está (Olsen, 2000: 391).

Tal como señala Olsen, categorías tan restrictivas no reconocen suficientemente cuán amplio es el trabajo del cuidado de los niños, y en qué medida su aceptabilidad o inadmisibilidad depende no tanto del carácter del esfuerzo infantil, sino más bien del contexto social en el que ocurre (para el caso del trabajo de cuidado, véase también Becker, Aldridge y Dearden, 1998; Boulding, 1980; Robson y Ansell, 2000). Los niños de hecho proveen un sorprendente rango de servicios a sus familias.

Los niños como mediadores lingüísticos

Consideremos el impacto de las competencias lingüísticas de los niños respecto de sus padres inmigrantes. Incluso chicos pequeños, educados y criados en el país receptor, usualmente tienen mucho más dominio del idioma del nuevo país que sus padres (véase por ejemplo, Portes y Hao, 2002). De modo notable, esto revierte la manera usual de distribución de competencias en los hogares. Al estudiar familias inmigrantes mexicanas en Los Angeles, California, Abel Valenzuela (1999) reconoció que ellas generalmente enfrentan problemas urgentes respecto del capital social y cultural. No conocen demasiado el funcionamiento de las instituciones estadounidenses –escuelas, lugares de trabajo, iglesias, sindicatos, tribunales y bancos–. Y lo que es más importante, usualmente carecen de las competencias lingüísticas en inglés para negociar con dichas instituciones.

Los niños son los principales aliados de sus padres. En su investigación, sobre la base de 68 entrevistas a 44 adultos cabeza de familia de hogares inmigrantes y 24 de sus hijos ahora mayores, Valenzuela se apoyó en los recuerdos de interacciones pasadas. Halló que los niños ocupaban tres roles clave en el hogar. Servían en primer lugar como tutores de sus padres y hermanos, traduciendo, interpretando y enseñando. Además de la traducción de noticias de la televisión o los documentos oficiales, los niños mediaban en transacciones delicadas entre sus padres y los médicos, maestros, empleados bancarios y otras autoridades. El segundo rol de los niños era actuar como defensores, interviniendo en favor de sus padres en interacciones controvertidas o complejas; por ejemplo, cuando un funcionario público o un vendedor malentendía a sus padres o hermanos o se impacientaba con ellos. Finalmente, Valenzuela identificó un tercer rol de los niños como padres subrogantes, al desplegar tareas hogareñas tales como cocinar, limpiar y cuidar a sus hermanos menores.

Las entrevistas de Valenzuela revelan un fuerte patrón de género: las hijas asisten a sus padres en transacciones financieras, laborales, legales y políticas más frecuentemente que los hijos varones. Independientemente del género, Valenzuela halló que los hijos mayores

por lo general, asumen el liderazgo en la asistencia a los hermanos menores en las tareas que en el hogar realiza la madre, como puede ser la alimentación, el cuidado de los más pequeños, vestir a hermanos y hermanas para ir a la escuela, llevarlos y traerlos de la escuela, cuidándolos (Valenzuela, 1999: 728).

Así, la segunda generación de hijos mexicanos, y en especial las niñas, contribuyen con un importante trabajo en sus familias inmigrantes. Aun cuando muchas formas de cuidado están involucradas, las habilidades lingüísticas de los hijos los tornan esenciales dentro del hogar y fuera de él para vincularlo con instituciones externas.

En la línea de trabajo de Valenzuela, Marjorie Faulstich Orellana, Lisa Dorner y Lucila Pulido (2003) se abocaron a la observación de niños pequeños. Estudiaron niños bilingües de 5º y 6º grado, inmigrantes mexicanos y centroamericanos en cuatro comunidades –una en Los Angeles, California, dos en Chicago, Illinois y cuatro en Englewood, Illinois. Basándose en entrevistas en profundidad, observación participante en los hogares y aulas y grabaciones de audio, Orellana y sus colaboradoras

documentaron detalladamente el amplio rango de formas de dependencia de los padres respecto de las habilidades lingüísticas de sus hijos. Éstos intervenían como traductores en siete diferentes espacios, según reportaron las investigadoras:

Educativo: por ejemplo, traductores en las reuniones de padres con maestros respecto de sí mismos o de sus hermanos, primos, amigos, llamando a las escuelas para avisar de sus ausencias o las de sus hermanos/as.

Sanitario / Médico: por ejemplo, traductores en las visitas a consultorios médicos u odontológicos, intérpretes de las prescripciones de medicamentos, vitaminas y otros productos para el cuidado de la salud.

Comercial: por ejemplo, comprando para o con los padres, o en reembolsos o devoluciones, resolviendo disputas y verificando que no hubiera errores en ventas.

Cultural / Recreativo: por ejemplo, ir al cine, traducir el argumento y los diálogos, leyendo y traduciendo narraciones, manuales de autoayuda, letras de canciones, manuales de instrucciones.

Legal / Estatal: por ejemplo, llamando a las compañías de seguros respecto de roturas o accidentes de auto, en la obtención de seguridad social o programas sociales al acompañar a los padres a las oficinas y respondiendo preguntas.

Financiero / Laboral: por ejemplo, cambiando o depositando cheques en el banco o casa de cambio, ayudando a los padres a completar planillas para la búsqueda de empleo o para acceder a beneficios por desempleo.

Vivienda / Residencial: por ejemplo, oficiando de traductor entre los padres y los propietarios, hablando con los conserjes respecto de reparaciones necesarias en los departamentos (adaptación de Orellana, Dorner y Pulido, 2003: 512-513, Cuadro 1).

Los niños experimentan la mayoría de esos requerimientos lingüísticos como las rutinas cotidianas de la vida familiar. Algunas de sus intervenciones, no obstante, no sólo demandan competencias sino que también producen un considerable estrés. Competencias y estrés coinciden cuando los niños median entre sus padres y algunas personas particularmente relevantes. Tomemos tan sólo dos ejemplos, uno de la arena médica y el otro de la comercial.

Cuando tenía unos 8 o 9 años fuimos al doctor porque mi hermanito tenía un mes, más o menos. Tenía que ir al control y la doctora le preguntó a mi mamá si iba a darle leche de pecho, pero yo no sabía qué quería decir "pecho". Entonces le pregunté a la médica si ella podía explicar qué quería decir "pecho". Ella era agradable y amable, y dijo: "Sí, por supuesto". Se tocó el pecho y yo le transmití a mi mamá lo que la médica estaba diciendo. De todas las traducciones que recuerdo, esa fue la que hice con mayor temor. (No había traducido tanto esa semana, pero sí trabajado haciendo traducciones tiempo atrás). Bueno, me sentía muy nerviosa traduciendo a la doctora porque pensaba que no sería capaz de entender las grandes palabras que usan los doctores (Jasmine, en Orellana, Dorner y Pulido, 2003: 516).

Mi madre nunca ha ido sola a Jewels o a Dominick's. Siempre ha ido con alguien que pueda traducirle. Todavía encargo frecuentemente el pedido de queso y jamón a ese negocio. Recuerdo una situación equívoca que molestó a mi madre y me avergonzó mucho. Yo tenía unos 7 años. Mi madre y yo estábamos en Jewels. Mi madre me pidió que esperara en la fila mientras ella compraba otras cosas, y que pidiera una libra de queso americano en la fiambrería. Después de esperar mi turno durante unos quince minutos, la mujer que estaba detrás del mostrador me preguntó qué quería, y yo le contesté que buscaba una libra de queso. La mujer dijo: "Americano, italiano, suizo...". Yo pensé que preguntaba mi nacionalidad. Respondí: "mexicana". Con tono decepcionado, me contestó que ellos no tenían ningún queso mexicano (Beatriz, en Orellana, Dorner y Pulido, 2003: 519).

En esas circunstancias, los hijos de los inmigrantes asumen importantes responsabilidades en procura del bienestar tanto de sus padres como de su hogar. En ese proceso, no sólo desarrollan servicios fundamentales, también aumentan el capital familiar. Orellana, Dorner y Pulido señalaron que el conocimiento de los niños del inglés y de las prácticas culturales de Estados Unidos mejora la reproducción social de sus hogares familiares. Aun así, como Orellana y sus colaboradores advierten, esos niños algunas veces resisten y negocian sus obligaciones, mientras sus padres a veces las imponen como deberes familiares (véase también Fernández-Kelly 2002, p. 198; Menjivar 2000, cap. 7). De modo que no debe asumirse que las contribuciones cruciales de los niños como mediadores sean una evidencia de su poder irrestricto.

Niños en emprendimientos de inmigrantes

Como vimos con Valenzuela, los servicios lingüísticos no son la única asistencia que los padres inmigrantes reciben de sus hijos. En un estudio diferente sobre inmigrantes mexicanos y centroamericanos en el área de Pico Unión del centro de Los Angeles, Orellana (2001) observó niños/as involucrados en una variedad de trabajo diario, "hacer mandados, cuidar hermanos, limpiar, lavar ropa, llevar hermanos a la escuela, a la biblioteca y a otras citas, ayudar a los hermanos con la tarea... responder y realizar llamadas telefónicas". La autora también describió a niños/as involucrados en trabajo asalariado: "venta de comida, ropa u otra mercadería junto con vendedores callejeros adultos; ayuda a sus padres en la limpieza de casas, cuidado de niños o cortando el césped; limpiando mesas en las *pupuserías* (restaurantes salvadoreños); limpiando el piso en salones de belleza" (Orellana, 2001: 374-5; véase también Orellana, Thorne, Chee y Lam, 2001). Era muy notable el grado en que los niños ayudaban a sus familias cuidando a los más pequeños.

De manera similar, en los negocios de familias inmigrantes los niños usualmente despliegan no sólo sus competencias lingüísticas sino también sus esfuerzos ayudando en la tienda o pequeño negocio familiar. El estudio de Miri Song (1999) sobre los restaurantes chinos en Inglaterra documentan detalladamente las vitales contribuciones laborales de los niños (véase también Sun-Hee Park, 2002). Mediante entrevistas realizadas a 42 jóvenes (entre 20 y 25 años) de 25 familias chinas habitantes del sudeste de Inglaterra, Song halló –con alguna variación entre las familias así

como por edad y género– que hacia los 7 u 8 años la mayoría de ellos había empezado a ayudar a sus padres. Los niños más pequeños comenzaban con tareas simples en la cocina como lavar platos, pelar camarones y papas. Gradualmente tomaban más responsabilidades públicas, atendiendo los pedidos de los clientes en el mostrador, trabajando por las noches, después de la escuela o durante los fines de semana.

Pero ello no implica que los niños y niñas simplemente aceptaran las indicaciones de sus padres. Song describe que algunos niños recuerdan haber resistido las rutinas laborales, en tanto otros dijeron que entre hermanos y hermanas se ayudaban mutuamente estableciendo sus propios horarios de trabajo en la tienda. Aún así, en su mayor parte, los entrevistados no recordaban su participación en el negocio como un entrenamiento particular, sino como un aspecto natural de crecer en un negocio familiar. Por ejemplo, cuando Song preguntó a una de ellos: “¿Cómo empezaste a ayudar en el negocio? ¿Tus padres te lo pidieron?”. La entrevistada respondió: “Bueno, sólo estábamos ahí. No fue ni siquiera ‘ven y ayúdanos’. Estábamos naturalmente ahí. Íbamos ahí a comer” (Song, 1999: 53).

De hecho, ellos marcan los límites entre lo que hacían y un trabajo asalariado común, llamando a sus propios esfuerzos “ayudar”. Consecuentemente, trataban los pagos que recibían de sus padres no como salarios estándares, sino como un bono o una propina, un símbolo de que su trabajo era apreciado. Algunos de los entrevistados, por otro lado, veían los pagos de sus padres como un soborno por demandas laborales resistidas.

Tal como vimos con los inmigrantes mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos, Song halló en sus entrevistados/as anglo-chinos un involucramiento no sólo en el trabajo del negocio familiar, sino también en el trabajo doméstico, y en las tareas de cuidado. Los servicios lingüísticos también eran importantes en las vidas de esos niños. Song describió cómo los niños servían como traductores e intermediarios de sus padres chinos quienes prácticamente no hablaban, leían, ni escribían inglés. Uno de sus entrevistados, Wong, explica cuán cruciales resultan las competencias lingüísticas en las transacciones ordinarias del negocio, como tomar el pedido de un cliente:

Desde el momento en que tienes: “quiero pollo Chow Mein, pero no quiero brotes de soja, y quisiera cebollas adicionales”, entonces, ése es exactamente el escenario. Yo sólo quiero mostrarte cómo eso [la comunicación de sus padres con los clientes] falla. Decir “pollo Chow Mein” está bien, no hay problema, pero en cuanto dices más... ése es el tipo de cosa con la que ellos [sus padres] tenían problemas. (Song, 1999: 54).

Los negocios de los inmigrantes frecuentemente descansan en los hijos no sólo por el trabajo productivo y la mediación con las autoridades, sino también por la mediación lingüística entre dueños y clientes.

El trabajo de cuidado hogareño y los negocios de inmigrantes ilustran ampliamente los temas con los que empezamos: la división entre la producción inmediata de bienes y servicios por parte de los niños, y sus contribuciones al capital individual o familiar; la distinción entre formas de trabajo infantil aceptable o inaceptable, la cual se realiza no tanto sobre la base de la cualidad intrínseca del trabajo como de las relaciones sociales en las cuales ocurre; la vinculación variable

entre trabajo y compensación en esas relaciones sociales; las subsiguientes negociaciones de significados, compensaciones y condiciones de trabajo en los límites establecidos por las relaciones sociales existentes; finalmente, la contribución sustantiva que los niños hacen a la producción y acumulación de capital del hogar.

Reconsiderando el trabajo infantil

Obviamente, podemos seguir los mismos temas a través de un amplio rango de otras formas de trabajo infantil, no todas tan deseables como los casos que hemos examinado. Niños soldados, niños en situación de prostitución o trata, niños ladrones, niños en el negocio del entretenimiento, niños atletas, niños voluntarios, niños especuladores, niños comerciantes, niños trabajadores fabriles, niños en la calle, y niños en producción hogareña, todos merecen atención por las maneras en que ellos y los adultos que los rodean organizan sus vidas. También los esfuerzos de los niños dentro y fuera de la escuela¹. Tampoco hemos indagado las fascinantes complejidades de las contribuciones de los niños al capital personal y familiar. Pero al menos la variedad de actividades infantiles que hemos encontrado en los cuidados domésticos y los negocios de inmigrantes deben alertarnos sobre la delicada diferenciación del trabajo infantil según el contexto social, en el sentido de que no consiste en un esfuerzo solitario sino en una interacción social vital.

El reconocimiento de las variaciones sistemáticas del trabajo infantil según el contexto social produce una valiosa clarificación sobre los esfuerzos apropiados o inapropiados desarrollados por niños. Exactamente el mismo esfuerzo, hemos visto, califica como aceptable o inaceptable, dependiendo de si produce beneficios para los participantes de la interacción social que dicho esfuerzo involucra, para quién produce tales beneficios, y con qué consecuencias para los propios niños². Por consiguiente, cualquier posición moral o política que imponga clasificaciones absolutas sólo sobre los esfuerzos del trabajo infantil omite distinciones cruciales, por ejemplo, entre ayudar a los padres en un negocio o hacer el mismo trabajo para extraños.

Por cierto, algunas formas de esfuerzo son igualmente dañinas para los niños como para quienes no lo son, de modo que desde el comienzo podemos condenarlas. Sin duda, podemos rechazar el servicio militar infantil, la prostitución infantil, el uso de niños en el tráfico de drogas y el trabajo de los niños en las minas, sin preocuparnos demasiado por las relaciones sociales que llevan a los niños a esas actividades. Pero más allá de esos extremos, no podemos sopesar efectivamente bondades y perjuicios del trabajo infantil sin una seria consideración de las relaciones sociales en las cuales ocurre. Que el mismo tipo de esfuerzo constituya explotación o una experiencia valiosa depende en gran medida del contexto social. Moralistas y diseñadores de políticas harían bien en tomar en cuenta los estudios sobre trabajo infantil.

¹ Ejemplos de trabajos recientes en ese tema son: Alexander, 1991; Bachman 2000; Blagbrough and Glynn, 1999; Bock and Sellen, 2002; Cohen, 2001; Kruse and Mahoney, 1998; Goodwin-Gill and Cohn, 1994; Kenny 2002; Krueger, 2002; Lee and Kramer, 2002; Lewis, 2001; Mayall, 2002; Lavalette, 1999; Levison, 2000; Nieuwenhuys, 1996; Qvortrup 1995; Sereny, 1984; Solberg, 1994; Strom, 2003; Woodhead, 1999; Wuthnow, 1995.

² Para una sugerente variación sobre esos temas, nótese que un considerable movimiento en contra de la realización de tareas escolares en la casa emergió en los Estados Unidos de América entre 1897 y 1941; véase Gill y Schlossman, 1996, 2000.

El estudio del trabajo infantil aporta valiosos paralelos con la sociología económica tal como se ha venido desarrollando en las últimas décadas. La tajante división del trabajo entre economía y sociología erigida durante el siglo XX suponía que los sociólogos interesados en procesos económicos generalmente dejaban el análisis detallado de la producción, distribución, consumo y formación de capital a los economistas, al tiempo que estudiaban los prerrequisitos y las consecuencias de los cambios o variaciones económicas. A partir de la década de 1970, no obstante, los sociólogos de la economía comenzaron a analizar procesos económicos más directamente, mediante la extensión de modelos económicos a sitios que los propios economistas no habían estudiado en profundidad (por ejemplo: escuelas, iglesias, asociaciones voluntarias), o bien mostrando cómo los contextos sociales afectan los procesos económicos (por ejemplo, cómo las redes interpersonales dan forma a los mercados de trabajo).

Más recientemente, los sociólogos de la economía se han atrevido a proponer explicaciones alternativas a procesos económicos: la formación de mercados, el manejo de transacciones riesgosas, la interacción de empresas, y otros. En esta sociología económica alternativa, el análisis de lazos interpersonales diferenciados, sus significaciones variables y su incidencia en dar forma a las transacciones económicas se ha transformado en una preocupación central. Sin exagerar, en este capítulo el tratamiento del trabajo infantil se ha apoyado fuertemente en hallazgos de la sociología económica (Smelser y Swedberg, 1994; Swedberg y Granovetter, 2001; Swedberg, 2003; Zelizer, 2001).

Hace unos veinte años Basic Books publicó mi *Pricing the Priceless Child*. Ese libro de 1985 documentaba un cambio en las prácticas estadounidenses: durante todo el siglo XIX los moralistas y las familias estadounidenses valoraban por igual a los niños por sus útiles contribuciones, en tanto hacia finales de ese siglo ocurrió un cambio hacia una concepción de niño invaluable, rechazando el trabajo asalariado infantil, con creciente énfasis en el trabajo infantil no pago como entrenamiento moral, adopción de seguros de vida de los niños como inversiones educativas antes que como necesidades prácticas, creciente preocupación por la mortalidad infantil prevenible, y una proliferación de restricciones a los pagos por la adopción de bebés. Leyéndome ahora, algunos lectores podrán pensar que estoy repudiando aquel temprano libro. Pero no es así.

Es verdad que de hecho he aprendido algo durante las últimas dos décadas (véase Zelizer, 2002b). He ido mucho más lejos en la búsqueda de preguntas que en *The Priceless Child* apenas bosquejé: cómo resuelven las personas la mezcla de transacciones monetarias con relaciones sociales con connotaciones morales; cómo emergen los límites entre las transacciones monetarias apropiadas e inapropiadas; cómo las personas negocian y hacen cumplir estos límites; qué sucede cuando legisladores, abogados, jueces y tribunales se involucran en el establecimiento de precios para diferentes tipos de relaciones sociales y transacciones. No obstante, mi libro de 1985 claramente distingue entre las poderosas representaciones de infancia que afectan las prácticas sociales, por un lado, y el hecho de que los niños continúan realizando un amplio rango de trabajo productivo, por otro.

Mi principal cambio de perspectiva desde entonces reconoce cómo interactúan representaciones y prácticas. Los dos lados no están simplemente en lucha uno

contra otro, como ilusión y realidad o ideología y práctica. Por el contrario, su interacción ilustra un proceso social muy general. En ese proceso, las representaciones y prácticas se combinan para establecer límites sociales entre diferentes clases de relaciones sociales. A medida que las personas construyen y refuerzan esos límites, se generan tres efectos. En primer lugar, las fronteras separan relaciones sociales cuya diferenciación significa mucho para la vida social cotidiana. En segundo lugar, refuerzan la conjunción apropiada de significados, medios monetarios y transacciones económicas a través de las cuales se define cada relación social. Por último, delimitan los derechos y obligaciones de terceros con respecto a cada tipo de relación social.

Esta visión del trabajo de los niños/as desafía las doctrinas de los "mundos hostiles" y del "trabajo mercantilizado". Desafía las nociones de la primera al establecer que si bien los esfuerzos infantiles para la producción de valor repetidamente entremezclan transacciones económicas con relaciones personales e íntimas, este inmiscuir no corrompe. No causa ni un debilitamiento de la racionalidad de medios-fines que se supone emerge de la entrada de las relaciones personales en la esfera económica, ni daña la solidaridad interpersonal que supuestamente se sigue del ingreso de la racionalidad económica en las relaciones personales. Mi visión de los esfuerzos económicos infantiles desafía también a las doctrinas del "trabajo mercantilizado", al enfatizar cuánto de genuina agregación de valor ocurre en los esfuerzos que tienen lugar fuera de las relaciones salariales definidas convencionalmente. Este desafío doble se sostiene a través de una amplia variedad de actividades económicas, no sólo del trabajo infantil, sino también en la producción en el hogar, la economía informal, entre otras. En un amplio espectro de escenarios, podemos encontrar actores económicos delineando fronteras, estableciendo derechos y obligaciones dentro de tales límites y conectando relaciones sociales con significaciones, medios y transacciones económicas permitidas.

El trabajo de los niños –ampliamente diseminado pero camuflado– respeta esos patrones. Tiene lugar mediante vínculos sociales diferenciados, y asume diferentes significados y consecuencias según esos vínculos. El niño productivo se compromete en interacciones sociales que son tan complejas como las desarrolladas por los adultos.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALEXANDER, Susan J. G. (1991): "A Fairer Hand: Why Courts Must Recognized the Value of a Child's Companionship", *Thomas M. Cooley Law Review*, 8, 273.
- BACHMAN, S. L. (2000): "A New Economics of Child Labor: Searching for Answers Behind the Headlines", *Journal of International Affairs*, 53, 545-72.
- BECKER, Saul, ALDRIDGE, Jo y DEARDEN, Chris (1998): *Young Carers and their Families*. Oxford, Blackwell Science.
- BLAGBROUGH, Jonathan, y GLYNN, Edmund (1999): "Child Domestic Workers: Characteristics of the modern slave and approaches to ending such exploitation." *Childhood*, 6: 51-56.
- BOCK, John y SELLEN, Daniel W. (editors) (2002): "Special Issue: Childhood and the Evolution of the Human Life Course", *Human Nature*, 13, 153-325.
- BOULDING, Elise (1980): "The Nurture of Adults by Children in Family Settings", en Elise BOULDING (editor): *Research in the Interweave of Social Roles: Women and Men* 1. Greenwich, Connecticut, JAI, pp. 167-89.
- BOURDIEU, Pierre (1990): *The Logic of Practice*. Stanford, Stanford University Press.
- COHEN, Rina (2001): "Children's Contribution to Household Labor in Three Sociocultural Contexts: A Southern Indian Village, a Norwegian Town and a Canadian City." *International Journal of Comparative Sociology* 42, 353-367.
- FERNANDEZ-KELLY, Patricia (2002): "Ethnic Transitions: Nicaraguans in the United States". En Berndt Ostendorf, editor, *Transnational America. The Fading of Borders in the Western Hemisphere*. Heidelberg, C. Winter, pp. 177-203.
- GALINSKY, Ellen (1999): *Ask The Children*. New York, Morrow.
- GILL, Brian y SCHLOSSMAN, Steven (1996): "A Sin against Childhood: Progressive Education and the Crusade to Abolish Homework, 1897-1941", *American Journal of Education* 105, 27-66.
- GILL, Brian y SCHLOSSMAN, Steven (2000): "The Lost Cause of Homework Reform", *American Journal of Education* 109: 27-62.
- GOODWIN-GILL, Guy S. y COHN, Ilene (1994): *Child Soldiers*. Oxford, Oxford University Press.
- KENNY, Mary Lorena (2002): "Orators and Outcasts, Wanderers and Workers: Street Children in Brazil", en Daniel Thomas COOK (editor): *Symbolic Childhood*. New York, Peter Lang, pp. 37-63.
- KRUEGER, Alan B. (2002): "Putting Development Dollars to Use, South of the Border", *The New York Times*, may 2.
- KRUSE, Douglas, y MAHONY, Douglas (1998): "Illegal Child Labor in the United States: Prevalence and Characteristics". Working Paper 6479. *Working Paper Series*. Cambridge, Mass., National Bureau of Economic Research, Inc.
- LAVALETTE, Michael (editor) (1999): *A Thing of the Past? Child Labour in Britain in the Nineteenth and Twentieth Centuries*. London, Palgrave.
- LEE, Ronald, and KAREN, L. Kramer. 2002. "Children's Economic Roles in the Maya Family Life Cycle: Cain, Caldwell, and Chayanov Revisited", *Population and Development Review* 28, 475-99.
- LEVISON, Deborah (2000): "Children as Economic Agents", *Feminist Economics*, 6, 125-34.
- MAYALL, Berry (2002): *Towards a Sociology for Childhood*. Buckingham, Open University Press.
- MENJIVAR, Cecilia (2000): *Fragmented Ties. Salvadoran Immigrant Networks in America*. Berkeley, University of California Press.
- NIEUWENHUIJS, Olga (1996): "The Paradox of Child Labor and Anthropology", *Annual Review of Anthropology*, 25, 237-51.
- OLSEN, Richard (2000): "Families under the Microscope: Parallels between the Young Carers Debate of the 1990s and the Transformation of Childhood in the Late Nineteenth Century", *Children & Society*, 14, 384-94.
- ORELLANA, Marjorie Faulstich (2001): "The Work Kids Do: Mexican and Central American Immigrant Children's Contributions to Households and Schools in California", *Harvard Educational Review*, 71, 366-89.
- ORELLANA, Marjorie Faulstich, REYNOLDS, Jennifer, DORNER, Lisa y MEZA, María (2003): "In other words: Translating or "para-phrasing" as a family literacy practice in immigrant households", *Reading Research Quarterly* 38, 12-34.
- ORELLANA, Marjorie Faulstich, DORNER, Lisa y PULIDO, Lucila (2003): "Accessing Assets: Immigrant Youth's Work as Family Translators or "Para-Phrasers", *Social Problems* 50, 505-24.
- ORELLANA, Marjorie Faulstich, THORNE, Barrie, CHEE, Anna and LAM, Wan Shun Eva (2001):

- "Transnational Childhoods: The Participation of Children in Processes of Family Migration", *Social Problems* 48, 572-91.
- PORTES, Alejandro y HAO, Lingxin (2002): "The Price of Uniformity: Language, Family and Personality Adjustment in the Immigrant Second Generation", *Ethnic and Racial Studies* 25, 889-912.
- QUIROGA, Carlos (2002): "Infancia Cartonera", *Gente*, N° 1944, october 22.
- QVORTRUP, Jens (1995): "From Useful to Useful: The Historical Continuity of Children's Constructive Participation", *Sociological Studies of Children* 7, 49-76.
- LEWIS, Michael. 2001. "Jonathan Lebed's Extra-curricular Activities", *The New York Times Magazine*, february 25, 26.
- ROBSON, Elsbeth, and ANSELL, Nicola (2000): "Young Carers in Southern Africa: exploring stories from Zimba-bwean secondary school students", en Sarah L. HOLLOWAY y GILL Valentine (editors): *Children's Geographies*. London, Routledge, pp. 174-93.
- SERENY, Gitta (1984): *The Invisible Children: Child Prostitution in America, West Germany and Great Britain*. London, Andre Deutsch.
- SMELSER, Neil J. and SWEDBERG, Richard (1994): "The Sociological Perspective on the Economy", en Neil SMELSER and Richard SWEDBERG (editors): *The Handbook of Economic Sociology*. New York, Russell Sage Foundation and Princeton, Princeton University Press, pp. 3-26.
- SOLBERG, Anne (1994): *Negotiating Childhood*. Stockholm: Nordplan.
- SONG, Miri (1999): *Helping Out: Children's Labor in Ethnic Businesses*, Philadelphia, Temple University Press.
- STROM, Stephanie (2003): "A Lesson Plan About Generosity", *The New York Times*, march 21.
- SUN-HEE PARK, Lisa (2002): "Asian Immigrant Entrepreneurial Children", en Linda TRINH VO, and Rick BONUS (editors): *Contemporary Asian American Communities: Intersections and Divergences*. Philadelphia, Temple University Press, pp. 161-74.
- SWEDBERG, Richard, and GRANOVETTER, Mark (editors) (2001): *The Sociology of Economic Life*, second edition. Colorado, Westview.
- SWEDBERG, Richard (2003): *Principles of Economic Sociology*. Princeton, N.J., Princeton University Press.
- THORNE, Barrie (2001): "Pick-up Time at Oakdale Elementary School: Work and Family from the Vantage Points of Children", en Rosanna HERTZ and Nancy L. MARSHALL (editors): *Working Families: The Transformation of the American Home*. Berkeley, University of California Press, pp. 354-76.
- TILLY, Chris, and Charles TILLY (1998): *Work Under Capitalism*. Boulder, Colorado, Westview.
- TUTEN, Frederic (2002): "Still Replying to Grandma's Persistent, 'And Then'", *New York Times*, October 21, E1-2.
- VALENZUELA, Abel (Jr.) (1999): "Gender Roles and Settlement Activities Among Children and Their Immigrant Families", *American Behavioral Scientist* 42, 720-42.
- WOODHEAD, Martin (1999): "Combatting Child labour: Listen to what the children say", *Childhood* 6, 27-49.
- WUTHNOW, Robert (1995): *Learning to Care*. New York, Oxford University Press.
- ZELIZER, Viviana A. (1985): *Pricing the Priceless Child: The Changing Social Value of Children*. New York: Basic Books.
- ZELIZER, Viviana A. (2001): "Economic Sociology", en Neil J. SMELSER y Paul B. BALTES (editors): *International Encyclo-pedia of the Social & Behavioral Sciences* 6, 4128-31. Amsterdam, Elsevier.
- ZELIZER, Viviana A. (2002a): "Intimate Transactions", en Mauro F. GUILLÉN, Randall COLLINS, Paula ENGLAND, and Marshall MEYER (editors): *The New Economic Sociology: Developments in an Emerging Field*. New York, Russell Sage Foundation, pp. 274-300.
- ZELIZER, Viviana A. (2002b): "Kids and Commerce", *Childhood* 4 (November): 375-96.

RESUMEN

El artículo contextualiza las aportaciones de Viviana Zelizer en el campo de estudios de infancia, en particular relativos al trabajo infantil, y presenta una traducción de uno de sus principales trabajos en la materia. En el mismo, Zelizer sostiene como argumento principal que "el significado y consecuencias del trabajo infantil depende del contexto social en el que ocurre". Entendiendo como "contexto" la red de relaciones sociales en que esos esfuerzos infantiles tienen lugar. Para la autora, este análisis deberá sortear dos grandes concepciones erróneas respecto de los modos en que se intersectan la moralidad y la

economía, una de ellas que opone moral (sentimientos y solidaridad) a economía (identificada con racionalidad e interés personal), y la otra que identifica al trabajo con la compensación monetaria o asalariamiento. Utiliza una definición de trabajo que lo entiende como "esfuerzo que produce valor de uso transferible", que permitirá sortear los límites artificiales entre lo privado y lo público, lo moral y lo económico, e identificar con mejor claridad los principios de variabilidad del hecho que "significado, organización, contribución y compensación del trabajo infantil varía sistemática y drásticamente de un contexto social a otro".

SUMMARY

The article contextualizes the contributions of Viviana Zelizer in the field of childhood studies, in particular relative to child labor, and presents a translation of one of her principle papers on this subject. In this paper, Zelizer argues principally that "the meaning and consequences of child labor depends on the social context in which it occurs". "Context" is understood as the network of social relationships in which children's efforts take place. For the author, this analysis must overcome two large, erroneous conceptions with respect to the modes in which morality and economy intersect: one which opposes moral

(feelings and solidarity) to economy (identified with rationality and personal interest), and the other which identifies work with monetary compensation or wages. She uses a definition of work that is understood as "the effort that produces transferrable value", that allows for overcoming the artificial limits between the private and public, the moral and the economic, and identifying with greater clarity the principles of variability of the fact that the "meaning, organization, contribution and compensation of child labor vary systematically and dramatically from one social context to another".

REGISTRO BIBLIOGRÁFICO

LLOBET, Valeria

"Una lectura sobre el trabajo infantil como objeto de estudio. A propósito del aporte de Viviana Zelizer". *DESARROLLO ECONÓMICO – REVISTA DE CIENCIAS SOCIALES* (Buenos Aires), vol. 52, N° 206, julio-setiembre 2012 (pp. 311-328).

Descriptores: <Trabajo infantil> <"Niño invaluable"> <Viviana Zelizer>.